



www.capitanalatraste.com

PRIMERAS PÁGINAS
La piel del tambor

PRIMER CAPÍTULO

I. El hombre de Roma

Por algo lleva la espada. Es el
agente de Dios.

(Bernardo de Claraval. *Elogio de la milicia templaria*)

Fue a primeros de mayo cuando Lorenzo Quart recibió la orden que había de llevarlo a Sevilla. Una borrasca se desplazaba hacia el Mediterráneo oriental, y el frente de lluvias discurría aquella mañana sobre la plaza de San Pedro de Roma; así que Quart tuvo que caminar en semicírculo, protegiéndose del agua bajo la columnata de Bernini. Mientras se acercaba a la Puerta de Bronce comprobó que el centinela, recortado con su alabarda en la penumbra del pasillo de mármol y granito, se disponía a identificarlo. El guardia era un suizo grande y fuerte, de cráneo rapado bajo la boina negra del uniforme renacentista a rayas rojas, amarillas y azules; y Quart vio que observaba con curiosidad el impecable corte de su traje oscuro, a tono con la camisa de seda negra de cuello romano y los zapatos de piel fina y también negra, cosidos a mano. Nada que ver, decía aquella mirada, con los grises *bagarozzi*, los funcionarios de la compleja burocracia vaticana que pasaban por allí cada día. Pero tampoco era, como podía leerse en los desconcertados ojos claros del suizo, un aristócrata de la Curia: uno de aquellos preladados y monseñores que, en el más discreto de los casos, lucían una cruz, un ribete de púrpura o un anillo. Ésos no llegaban a pie bajo la lluvia, sino que accedían al Palacio Apostólico por otra puerta, la de Santa Ana, a bordo de confortables automóviles con chófer. Además, el hombre que se detenía cortés ante el centinela y sacaba del bolsillo una billetera de piel, buscando su identificación entre diversas tarjetas de crédito, era demasiado joven para la mitra a pesar del cabello poblado de canas que llevaba corto, como el de un militar. Muy alto, delgado, tranquilo, seguro de sí, observó el suizo con vistazo profesional. Manos de uñas cuidadas, reloj de esfera blanca, gemelos de plata de diseño sencillito. Le calculó cuarenta años como mucho.

—*Guten Morgen. Wie ist der Dienst gewesen?*

No fue el saludo, formulado en perfecto alemán, lo que hizo al centinela erguirse y enderezar la alabarda, sino las siglas IOE junto a la tiara y las llaves de San Pedro en el ángulo superior derecho del documento de identidad que el recién llegado le mostraba. El Instituto para las Obras Exteriores figuraba en el grueso

tomo rojo del Anuario Pontificio como una dependencia de la Secretaría de Estado; pero hasta el más bisoño recluta de la Guardia Suiza estaba al tanto de que, durante dos siglos, el Instituto había ejercido como brazo ejecutor del Santo Oficio, y ahora coordinaba todas las actividades secretas de los Servicios de Información del Vaticano. Los miembros de la Curia, maestros en el arte del eufemismo, solían referirse a él como *La Mano Izquierda de Dios*. Otros se limitaban a llamarlo —nunca en voz alta— Departamento de Asuntos Sucios.

—*Kommen Sie herein.*

—*Danke.*

Dejando atrás al centinela, Quart franqueó la vieja Puerta de Bronce para dirigirse a la derecha, anduvo ante los amplios escalones de la Scala Regia, y tras detenerse en la mesa de acreditaciones subió de dos en dos los peldaños de una resonante escalera de mármol a cuyo término, tras la cristalera vigilada por otro centinela, se abría el patio de San Dámaso. Cruzó en diagonal entre la lluvia, observado por más guardias que, cubiertos con capas azules, custodiaban cada puerta del Palacio Apostólico. Ascendiendo por otra corta escalera se detuvo en el penúltimo peldaño, ante una puerta junto a la que había atornillada una discreta placa metálica: *Instituto per le Opere Esteriore*. Entonces sacó un pañuelo de celulosa del bolsillo para secarse las gotas de agua del rostro. Después, inclinándose sobre los zapatos, lo utilizó para eliminar los restos de lluvia, hizo con él una pequeña bola y la arrojó en un cenicero de latón que había en el rellano, antes de comprobar el estado de los puños negros de su camisa, estirarse la chaqueta y llamar a la puerta. A diferencia de otros sacerdotes, Lorenzo Quart tenía perfecta conciencia de su debilidad en lo concerniente a virtudes más o menos teologales: la caridad o la compasión, por ejemplo, no eran su fuerte. Tampoco la humildad, a pesar de su naturaleza disciplinada. Adolecía de todo eso, pero no de minuciosidad, o rigor; y ello lo hacía valioso para sus superiores. Como sabían quienes aguardaban tras aquella puerta, el padre Quart era preciso y fiable como una navaja suiza.

Había un apagón en el edificio, y la única luz que entraba en el despacho era la claridad grisácea de una ventana abierta a los jardines del Belvedere. Mientras el secretario cerraba la puerta a su espalda, Quart dio cinco pasos después de cruzar el umbral y se detuvo en el centro exacto de la habitación, entre el ambiente familiar de las paredes donde estantes con libros y archivadores de madera ocultaban parte de los mapas pintados al fresco por

Antonio Danti bajo el pontificado de Gregorio XIII: el mar Adriático, el Tirreno y el Jónico. Después, ignorando la silueta que se recortaba en el contraluz de la ventana, dirigió una breve inclinación de cabeza al hombre sentado tras una gran mesa cubierta de carpetas con documentos.

—Monseñor —dijo.

El arzobispo Paolo Spada, director del Instituto para las Obras Exteriores, le devolvió una silenciosa sonrisa cómplice. Era un lombardo fuerte, macizo, casi cuadrado, con hombros poderosos bajo el traje negro de tres piezas que llevaba sin distintivo alguno de su jerarquía eclesiástica. Con la cabeza pesada y el cuello ancho, tenía aire de camionero, luchador, o —quizá más apropiado en Roma— veterano gladiador que hubiese cambiado la espada corta y el casco de mirmidón por el hábito oscuro de la Iglesia. Reforzaba ese aspecto un pelo todavía negro y duro como ásperas cerdas, y las manos enormes, casi desproporcionadas, sin anillo arzobispal, que en ese momento jugueteaban con una plegadera de bronce en forma de daga. Con ella señaló hacia la silueta de la ventana:

—Conoce al cardenal Iwaszkiewicz, supongo.

Sólo entonces Quart miró a su derecha y saludó a la silueta inmóvil. Por supuesto que conocía a Su Eminencia Jerzy Iwaszkiewicz, obispo de Cracovia, promovido a la púrpura cardenalicia por su compatriota el papa Wojtila, y prefecto de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, conocida hasta 1965 bajo el nombre de Santo Oficio, o Inquisición. Incluso como silueta delgada y oscura en contraluz, Iwaszkiewicz y lo que representaba eran inconfundibles.

—*Laudeatur Jesus Christus*, Eminencia.

El director del Santo Oficio no respondió al saludo, sino que permaneció quieto y en silencio. Fue la voz ronca de monseñor Spada la que medió en el asunto:

—Puede sentarse si lo desea, padre Quart. Ésta es una reunión oficiosa y Su Eminencia prefiere estar de pie.

Había utilizado el término italiano *ufficiosa*, y Quart captó el matiz. En lenguaje vaticano, la diferencia entre lo *ufficiale* y lo *ufficioso* era importante. Esto último tenía el especial carácter de lo que se pensaba frente a lo que se decía; incluso de lo que llegaba a decirse, aunque nunca se admitiera haberlo dicho. Aun así, Quart miró la silla que con otro movimiento de la plegadera le ofrecía el arzobispo, y negó suavemente con la cabeza antes de cruzar las manos a la espalda mientras aguardaba de pie en el centro de la habitación, el aire relajado y tranquilo, igual que un soldado atento a cualquier orden.

Monseñor Spada lo miró aprobador, entornados sus ojos astutos cuyo blanco surcaban vetas marrones semejantes a las de un perro viejo. Aquellos ojos, junto al aire macizo y el pelo de duras cerdas, le habían valido un sobrenombre

—*El Mastín*— que sólo osaban utilizar, en voz adecuadamente baja, los más destacados y seguros miembros de la Curia.

—Celebro verlo de nuevo, padre Quart. Ha pasado algún tiempo.

Dos meses, recordaba Quart. Y en aquella ocasión también fueron tres los presentes en el despacho: ellos dos y un conocido banquero, Renzo Lupara, presidente del Banco Continental de Italia, una de las entidades vinculadas al aparato financiero del Vaticano. Lupara, atildado, apuesto, de intachable moral pública y feliz padre de familia, bendecido por el cielo con una bella esposa y cuatro hijos, había hecho fortuna utilizando la cobertura bancaria vaticana para evadir dinero de empresarios y políticos miembros de la logia *Aurora 7*, a la que pertenecía con grado 33. Aquél era exactamente el tipo de asuntos mundanos que requerían la especialización de Lorenzo Quart; así que durante seis meses se ocupó de seguir las huellas que Lupara había dejado en la moqueta de ciertos despachos de Zúrich, Gibraltar y San Bartolomé, en las Antillas. Fruto de aquellos viajes fue un completo expediente que, abierto sobre la mesa del director del IOE, puso al banquero ante la alternativa de la cárcel o un discreto *exitus* que dejara a salvo el buen nombre del Banco Continental, del Vaticano y, a ser posible, de la señora y los cuatro vástagos Lupara. Allí, en el despacho del arzobispo, con los ojos extraviados en el fresco que representaba el mar Tirreno, el banquero había captado la esencia del mensaje —que monseñor Spada planteó con mucho tacto, apoyándose en la parábola del mal siervo y los talentos—. Después, a pesar de la saludable advertencia técnica de que un masón no arrepentido muere siempre en pecado mortal, Lupara había ido directamente hasta una hermosa villa que poseía en Capri, frente al mar, para caerse, inconfeso al parecer, por la barandilla de una terraza que daba al acantilado; en el mismo sitio donde, según rezaba la correspondiente placa conmemorativa, una vez tomó vermut Curzio Malaparte.

—Hay un asunto adecuado para usted.

Quart siguió aguardando inmóvil en el centro de la habitación, atento a las palabras de su superior mientras sentía la invisible mirada de Iwaszkiewicz desde el sombrío contraluz en la ventana. En los últimos diez años, el arzobispo siempre había tenido un asunto adecuado para el sacerdote Lorenzo Quart; y todos ellos estaban marcados con nombres y fechas —Europa Central, Iberoamérica, la antigua Yugoslavia— en la agenda de cuero con tapas negras que era su libro de viaje: una especie de cuaderno de bitácora donde registraba, día a día, el largo camino recorrido desde la adopción de la nacionalidad vaticana y su ingreso en la sección operativa del Instituto para las Obras Exteriores.

—Mire esto.

El director del IOE sostenía en alto, entre los dedos pulgar e índice, una hoja de papel impresa en ordenador. Quart alargó la mano y en ese momento la silueta del cardenal Iwaszkiewicz se movió, inquieta, en la ventana. Aún con la hoja en la mano, monseñor Spada sonrió un poco, a medias.

—Su Eminencia opina que es un tema delicado —dijo sin apartar los ojos de Quart; aunque era evidente que sus palabras iban destinadas al cardenal—. Y no está convencido de que sea prudente ampliar el número de iniciados.

Quart retiró la mano sin asir el documento que monseñor Spada seguía ofreciéndole, y miró al superior con aire tranquilo, aguardando.

—Naturalmente —añadió Spada, cuya sonrisa se refugiaba ahora en sus ojos—, Su Eminencia está lejos de conocerlo a usted como lo conozco yo.

Quart hizo un leve gesto de asentimiento y esperó sin hacer preguntas ni mostrar impaciencia. Entonces monseñor Spada se volvió hacia el cardenal Iwaszkiewicz:

—Ya le dije que era un buen soldado.

Sobrevino un silencio mientras la silueta permanecía inmóvil, recortada en el cielo de nubes y la lluvia que caía sobre el jardín del Belvedere. Después el cardenal se apartó de la ventana, y la claridad gris, diagonal, se deslizó sobre su hombro para desvelar una huesuda mandíbula, el cuello púrpura de la sotana, el reflejo de una cruz de oro sobre el pecho, el anillo pastoral en la mano que, dirigida hacia monseñor Spada, cogía el documento y lo entregaba, ella misma, a Lorenzo Quart.

—Lea.

Quart obedeció la orden, formulada en un italiano gutural con resonancias polacas. La hoja de papel de impresora contenía un memorándum en pocas líneas:

Santo Padre:

Este atrevimiento se justifica por la gravedad de la materia. A veces la silla de Pedro está demasiado lejos y las voces humildes no llegan hasta ella. Hay un lugar en España, en Sevilla, donde los mercaderes amenazan la casa de Dios, y donde una pequeña iglesia del siglo XVII, desamparada por el poder eclesiástico tanto como por el seglar, mata para defenderse. Ruego a Vuestra Santidad, como pastor y como padre, que vuelva los ojos hacia las más humildes ovejas de su rebaño, y pida cuentas a quienes las abandonan a su suerte.

Suplicando vuestra bendición, en el nombre de Jesucristo Nuestro Señor.

—Apareció en el ordenador personal del Papa —aclaró monseñor Spada cuando su subordinado concluyó la lectura—. Sin firma.

—Sin firma —repitió Quart, mecánico. Solía repetir en voz alta algunas palabras, igual que timoneles y suboficiales repiten las órdenes de los superiores; como si al hacerlo se concediera a sí mismo, o a los demás, ocasión para reflexionar sobre ellas. En su mundo, algunas palabras equivalían a órdenes. Y ciertas órdenes, a veces sólo una inflexión, un matiz, una sonrisa, podían resultar irreparables.

—El intruso —estaba diciendo el arzobispo— utilizó trucos para disimular el punto exacto de origen. Pero la investigación confirma que el mensaje se escribió en Sevilla, con un ordenador conectado a la red telefónica.

Quart leyó por segunda vez el papel, tomándose tiempo.

—Habla de una iglesia... —se interrumpió, en espera de que alguien completara la frase por él. Sonaba demasiado estúpido dicho en voz alta.

—Sí —confirmó monseñor Spada—: una iglesia *que mata para defenderse*.

—Una atrocidad —apostilló Iwaszkiewicz, sin precisar si se refería al concepto o al objeto.

—De todas formas —añadió el arzobispo—, hemos confirmado su existencia. Me refiero a la iglesia —le dirigió una fugaz mirada al cardenal antes de pasar un dedo por el filo de la plegadera—. Y comprobado también un par de sucesos irregulares y desagradables.

Quart puso el documento sobre la mesa del arzobispo, pero éste no lo tocó, limitándose a mirarlo cual si el acto pudiera acarrear dudosas consecuencias. Entonces el cardenal Iwaszkiewicz se acercó a coger el papel, y tras doblarlo en cuatro pliegues lo introdujo en un bolsillo. Después se encaró con Quart:

—Queremos que viaje a Sevilla e identifique al autor.

Estaba muy cerca, y a Quart, que casi podía oler su aliento, le desagradó la proximidad. Sostuvo su mirada unos segundos y después, haciendo un esfuerzo de voluntad para no dar un paso atrás, miró a monseñor Spada por encima del hombro del cardenal para ver que sonreía breve y ligeramente, agradeciéndole aquel modo de establecer su lealtad al escalón jerárquico.

—Cuando Su Eminencia habla en plural —aclaró el arzobispo desde su asiento— se refiere, por supuesto, a él y a mí. Y por encima de nosotros, a la voluntad del Santo Padre.

—Que es la voluntad de Dios —matizó Iwaszkiewicz, casi provocador, manteniendo la corta distancia y las pupilas negras, duras, fijas en Quart.

—Que es, en efecto, la voluntad de Dios —confirmó monseñor Spada sin que fuera posible detectar en su tono

indicio alguno de ironía. A pesar de su poder, el director del IOE conocía perfectamente los límites, y su mirada era una advertencia al subordinado: ambos se movían en aguas peligrosas.

—Comprendo —dijo Quart, y encarando de nuevo los ojos del cardenal hizo una breve y disciplinada inclinación. Iwaszkiewicz pareció relajarse un poco mientras a su espalda monseñor Spada movía la cabeza, aprobador:

—Ya le dije que el padre Quart...

El polaco levantó, para interrumpir al arzobispo, la mano donde lucía el anillo cardenalicio.

—Sí, lo sé —miró por última vez al sacerdote y dejó de interponerse entre ambos, yendo de nuevo hacia la ventana—. Lo ha dicho y lo repitió antes. Dijo que era un buen soldado.

Había hablado con irónico hastío, y se puso a mirar la lluvia como si se desentendiera del asunto. Monseñor Spada dejó la plegadera sobre la mesa para abrir un cajón del que sacó una gruesa carpeta de cartulina azul.

—Identificar al autor de la carta es sólo parte del trabajo —dijo mientras situaba la carpeta ante sí—... ¿Qué dedujo de su lectura?

—Que podría haberla escrito un eclesiástico —respondió Quart, sin vacilar. Después hizo una pausa, antes de añadir—: Y que tal vez está loco de remate.

—Es posible —monseñor Spada abrió la carpeta, hojeando un dossier que contenía recortes de prensa—. Pero es un experto informático y los hechos que cita son auténticos. Esa iglesia tiene problemas. Y también los causa. Las muertes son reales: dos en los últimos tres meses. Todo huele a escándalo.

—Huele a algo peor —dijo el cardenal sin volverse, de nuevo silueta recortada en el contraluz gris.

—Su Eminencia —aclaró el director del IOE— es partidario de que el Santo Oficio tome cartas en el asunto —hizo una pausa significativa—. Al viejo estilo.

—Al viejo estilo —repitió Quart. Respecto a la Congregación para la Doctrina de la Fe, no le gustaban ni el viejo estilo ni el nuevo, y eso iba también a cuenta de los propios recuerdos. Por un instante entrevió, en un rincón de su memoria, el rostro de un sacerdote brasileño, Nelson Corona: un cura de favelas, uno de aquellos hombres de la Iglesia de la Liberación para cuyo ataúd él había suministrado la madera.

—Nuestro problema —proseguía monseñor Spada— es que el Santo Padre desea una encuesta en regla. Pero meter en esto al Santo Oficio le parece excesivo. Matar moscas a cañonazos —hizo una pausa calculada, mirando fijamente a Iwaszkiewicz—. O con lanzallamas.

—Ya no quemamos a nadie —oyeron decir al cardenal, como si le hablase a la lluvia. Parecía lamentar que así fuera.

—De cualquier modo —continuó el arzobispo— se ha decidido que, de momento —recalcó el *de momento* de forma significativa—, sea el Instituto para las Obras Exteriores el que realice la investigación. O sea, usted. Y sólo en caso de apreciarse indicios de gravedad, el problema sería transferido al brazo oficial de la Inquisición.

—Le recuerdo, hermano en Cristo —el cardenal seguía dándoles la espalda, vuelto hacia el Belvedere—, que la Inquisición dejó de existir hace treinta años.

—Es cierto, disculpe Vuestra Paternidad. Quise decir: transferir el problema al brazo oficial de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

—Ya no quemamos a nadie —repitió Iwaszkiewicz, obstinado. Ahora había en su voz un eco oscuro, un presagio de amenaza.

Monseñor Spada guardó silencio unos segundos, sin apartar los ojos de Quart. Ya no quemamos a nadie pero le sueltan los perros negros, decía la mirada. Lo acosan, y lo desprestigian, y lo matan en vida. Ya no quemamos a nadie pero cuidado con él. Ese polaco es peligroso para ti y para mí; y de los dos tú eres el más vulnerable.

—Usted, padre Quart —esta vez, al hablar de nuevo, el director del IOE adoptó un tono cuidadoso y formal—, irá a establecerse durante algunos días en Sevilla... Hará lo posible por identificar al autor de la carta. Mantendrá prudente contacto con la autoridad eclesiástica local. Y sobre todo conducirá el asunto por cauces discretos y razonables —colocó otro dossier sobre el anterior—. Aquí está toda la información de que disponemos. ¿Tiene alguna pregunta?

—Una sola, Monseñor.

—Pues hágala.

—El mundo está lleno de iglesias con problemas y escándalos potenciales. ¿Qué tiene ésta de especial?

El arzobispo dirigió una ojeada a la espalda del cardenal Iwaszkiewicz, pero el inquisidor se mantenía en silencio. Después se inclinó un poco sobre las carpetas de la mesa, como acechando en ellas una revelación de última hora.

—Supongo —dijo al fin— que el pirata informático se tomó mucho trabajo, y el Santo Padre ha sabido apreciarlo.

—Apreciarlo suena excesivo —apuntó Iwaszkiewicz, distante.

Monseñor Spada encogió los hombros:

—Digamos, entonces, que Su Santidad ha decidido distinguirlo con una atención personal.

—A pesar de su insolencia y su osadía —volvió a apostillar el polaco.

—A pesar de todo eso —concluyó el arzobispo—. Por alguna razón, este mensaje en su ordenador privado le pica la curiosidad. Quiere mantenerse informado.

—Mantenerse informado —repitió Quart.

—Puntualmente.

—Una vez en Sevilla, ¿debo consultar también con la autoridad eclesiástica local?

El cardenal Iwaszkiewicz se volvió hacia él:

—Su única autoridad en este asunto es monseñor Spada.

En ese momento se restableció el fluido eléctrico, y la gran araña del techo iluminó la estancia, arrancando reflejos a la cruz de diamantes y al anillo en la mano que señalaba al director del IOE:

—Será a él a quien usted informe. Y sólo a él.

La luz eléctrica suavizaba un poco los ángulos de su rostro, matizando la línea fina y obstinada de unos labios angostos, duros. Una de esas bocas que no han besado en su vida más que ornamentos, piedra y metal.

Quart hizo un gesto afirmativo:

—Sólo a él, Eminencia. Pero la diócesis de Sevilla tiene su ordinario, que es un arzobispo. ¿Cuáles son mis instrucciones a ese respecto?

Iwaszkiewicz enlazó las manos bajo la cruz de oro, mirándose las uñas de los pulgares:

—Todos somos hermanos en Cristo Nuestro Señor. Así que son deseables las relaciones fluidas, e incluso la cooperación. Pero allí gozará usted de dispensa en lo tocante a obediencia. La Nunciatura de Madrid y el arzobispado local han recibido instrucciones.

Quart se volvió hacia monseñor Spada antes de responder al cardenal:

—Quizá Su Paternidad ignora que no gozo de las simpatías del arzobispo de Sevilla...

Era cierto. Dos años atrás, una cuestión de competencias sobre la seguridad del viaje papal a la capital andaluza había causado un áspero enfrentamiento entre Quart y Su Ilustrísima don Aquilino Corvo, titular de la sede hispalense. A pesar del tiempo transcurrido, aún batían olas de aquella marejada.

—Conocemos sus problemas con monseñor Corvo —dijo Iwaszkiewicz—. Pero el arzobispo es hombre de Iglesia, y sabrá poner el bien superior por encima de sus antipatías personales.

—Todos estamos en la nave de Pedro —se permitió decir monseñor Spada, y Quart comprendió que, a pesar del peligro que suponía compartir tapete con Iwaszkiewicz, el IOE tenía buenas cartas en aquella historia. Ayúdame a jugarlas, decían los ojos del superior.

—El arzobispo de Sevilla ha sido puesto al corriente, por cortesía —comentó el polaco—. Pero usted tiene plena

independencia para obtener toda la información necesaria, utilizando no importa qué recursos.

—Legítimos, por supuesto —apuntó de nuevo monseñor Spada.

Se obligó Quart a contenerse para no delatar una sonrisa. Iwaszkiewicz los miraba alternativamente a ambos.

—Eso es—dijo tras un instante—. Legítimos, por supuesto.

Había alzado la mano del anillo para tocarse una ceja y el gesto, en apariencia inocente, parecía contener una advertencia. Tened cuidado con vuestros juegucitos de club escolar, traslucía aquello. Ríe mejor quien ríe el último, y yo no tengo prisa. Un solo resbalón y seréis míos.

—Usted, padre Quart —prosiguió el cardenal—, tendrá presente que su misión es sólo informativa. Así que mantendrá una neutralidad exquisita. Más tarde, según el material que nos presente, dispondremos actuaciones concretas. De momento, encuentre lo que encuentre allí, evite toda publicidad o escándalo. Con la ayuda de Dios, naturalmente —hizo una pausa para observar el fresco del mar Tirreno y movió la cabeza igual que si leyera en él un mensaje oculto—... Recuerde que en los tiempos que corren no siempre la verdad nos hace libres. Me refiero a la verdad aireada en público.

Extendió la mano del anillo con gesto imperioso, brusco, prieta la línea de los labios y los ojos oscuros y amenazadores fijos en Quart. Pero éste era un buen soldado que escogía a sus amos, así que aguardó justo un segundo más de lo necesario, y sólo entonces se inclinó para poner una rodilla en tierra y besar el rubí rojo del anillo. El cardenal alzó dos dedos de la misma mano e hizo sobre la cabeza del sacerdote una lenta señal de la cruz, que lo mismo podía interpretarse bendición que amenaza. Después abandonó el despacho.

Quart exhaló el aire contenido en los pulmones y se puso en pie, sacudiéndose el pantalón sobre la rodilla puesta en el suelo. Tenía los ojos llenos de preguntas al volverse hacia monseñor Spada.

—¿Qué opina de él? —inquirió el director del IOE. Había cogido otra vez la plegadera y mostraba una sonrisa preocupada al señalar con ella la puerta por donde se había ido Iwaszkiewicz.

—*¿Ufficioso o ufficiale*, Monseñor?

—*Ufficioso*.

—No me hubiera gustado nada caer en sus manos hace doscientos o trescientos años —respondió Quart.

Su superior acentuó la sonrisa:

—¿Por qué?

—Bueno. Se diría un hombre muy duro.

—¿Duro? —el arzobispo miró de nuevo hacia la puerta y Quart vio que la sonrisa se le desvanecía despacio en la boca—. Si no fuese pecar contra la caridad respecto a un hermano en Cristo, yo diría que Su Eminencia es un perfecto hijo de puta.

Bajaron juntos por la escalera de piedra abierta a la Via del Belvedere, donde aguardaba el coche oficial de monseñor Spada. El arzobispo tenía una cita cerca de la casa de Quart, en Cavalleggeri e Hijos. Cavalleggeri era, desde hacía un par de siglos, el sastre que vestía a toda la aristocracia de la Curia, incluido el Papa. Su taller estaba en la Via Sistina, junto a la plaza de España, y el arzobispo ofreció a Quart dejarlo en las proximidades. Salieron por la puerta de Santa Ana, y a través de las ventanillas empañadas vieron cuadrarse a los guardias suizos al paso del automóvil. Quart sonrió divertido, pues monseñor Spada no era popular entre los suizos del Vaticano; una investigación del IOE sobre presuntos casos de homosexualidad en la Guardia había terminado con media docena de licenciamientos forzosos. Además, de vez en cuando y para matar el rato, el arzobispo ideaba perversos simulacros a fin de comprobar la seguridad interior; como la infiltración en el Palacio Apostólico de uno de sus agentes, de paisano y provisto de un frasco de supuesto ácido sulfúrico para el fresco de la Crucifixión de San Pedro, en la capilla Paulina. El intruso se hizo una foto con Polaroid subido a un banco delante de la pintura y con una sonrisa de oreja a oreja, y monseñor Spada la remitió, junto a una nota interior bastante zumbona, al coronel de la Guardia Suiza. De aquello habían transcurrido seis semanas y aún rodaban cabezas.

—Se llama *Vísperas* —dijo monseñor Spada.

El automóvil torcía a la derecha y después a la izquierda, tras pasar bajo los arcos de la puerta Angélica. Quart miró la espalda del chófer, separado por una mampara de metacrilato que insonorizaba los asientos traseros del automóvil.

—¿Es todo lo que saben de él?

—Sabemos que puede ser clérigo, y puede no serlo. Y que tiene acceso a un ordenador conectado a la red telefónica.

—¿Edad?

—Imprecisa.

—Me cuenta poca cosa Su Reverencia.

—No fastidie, hombre. Le cuento lo que hay.

El Fiat se abría camino entre el tráfico de la Via della Conciliazione. Estaba dejando de llover y el cielo se despejaba un poco hacia el este, sobre las alturas del

Pincio. Quart acomodó la raya de su pantalón y miró la esfera del reloj, aunque la hora lo tenía sin cuidado.

—¿Qué está ocurriendo en Sevilla?

Monseñor Spada observaba la calle con aire distraído. Tardó unos instantes en responder, y lo hizo sin cambiar de postura:

—Hay una iglesia barroca... Vieja, pequeña, ruinoso. Se llama Nuestra Señora de las Lágrimas. Estaba siendo restaurada, pero se acabó el dinero y la obra quedó a medias... Por lo visto, el solar está situado en una zona importante, histórica: Santa Cruz.

—Conozco Santa Cruz. Es la antigua judería, reconstruida a principios de siglo. Muy cerca de la catedral y el Arzobispado —Quart le dedicó una mueca al recuerdo de monseñor Corvo—. Un hermoso barrio.

—Debe de serlo, porque la amenaza de ruina en la iglesia y la paralización de las obras despierta pasiones de todo tipo: el ayuntamiento quiere expropiar, y una familia de la aristocracia andaluza, relacionada con un banco, desempolva también no sé qué derechos seculares.

Acababan de pasar a la izquierda el castillo de Sant'Angelo y el Fiat avanzaba por el Lungotevere en dirección al puente Umberto I. Quart le echó un vistazo a la parda muralla circular que para él simbolizaba el lado temporal de la Iglesia a la que servía: Clemente VII corriendo, remangada la sotana, a refugiarse allí mientras los lansquenets de Carlos V saqueaban Roma. *Memento mori*. Recuerda que eres mortal.

—¿Y el arzobispo de Sevilla?... Me extraña que no se ocupe él.

El director del IOE miraba la corriente gris del Tíber a través de la ventanilla salpicada de gotas de lluvia.

—Es parte interesada, y aquí no se fían. Nuestro buen monseñor Corvo también pretende especular. En su caso, naturalmente, se trata de los intereses terrenales de la Santa Madre Iglesia... A todo esto, Nuestra Señora de las Lágrimas se cae en pedazos y a nadie interesa arreglarla. Parece más valiosa destruida que en pie.

—¿Tiene párroco?

La pregunta arrancó un lento suspiro al arzobispo.

—Asombrosamente, sí. Un sacerdote de cierta edad se ocupa de ella. Creo que es individuo conflictivo, y las sospechas sobre la identidad de *Vísperas* apuntan a él o a su vicario: un joven pendiente de traslado a otra diócesis. Según hemos averiguado, todas sus apelaciones fueron desoídas por nuestro amigo Corvo —monseñor Spada hizo amago de sonreír un poco, con desgana—. No es descabellado pensar que uno de los dos, si no ambos, haya concebido este modo singular de apelación directa al Santo Padre.

—Tienen que ser ellos.

El director del IOE alzó a medias una mano dubitativa:

—Tal vez. Pero hay que probarlo.

—¿Y si obtengo esas pruebas?

—En ese caso —el arzobispo ensombreció el rostro y su tono se hizo más bajo y más grave— lamentarán amargamente su inoportuna afición a la informática.

—¿Y qué hay de las dos muertes?

—Ahí está justo el problema. Sin ellas, el conflicto no habría pasado de ser uno de tantos: un solar, unos especuladores y mucho dinero de por medio. En tiempos de crisis, si el pretexto es bueno, se derriba la iglesia y se destina el dinero de la venta a la mayor gloria de Dios. Pero las muertes lo complican todo —los ojos veteados de marrón de monseñor Spada se distrajeron al otro lado de la ventanilla; el Fiat se inmovilizaba en los embotellamientos próximos al Corso Vittorio Emmanuele—... En poco tiempo han muerto dos personas relacionadas con Nuestra Señora de las Lágrimas: un arquitecto municipal que estudiaba el edificio con intención de declararlo en ruina y ordenar su desalojo, y un clérigo, el secretario del arzobispo Corvo. Que andaba por allí, al parecer, presionando al párroco en nombre de Su Ilustrísima.

—No me lo puedo creer.

Los ojos de mastín se detuvieron en Quart.

—Pues vaya creyéndoselo. Desde hoy es usted quien se ocupa del asunto.

Seguían bloqueados en un inmenso atasco, entre ruidos de motor y bocinazos. El arzobispo se inclinó hacia la ventanilla para echarle un vistazo al cielo.

—Podemos seguir a pie. Tenemos tiempo, así que lo invito al aperitivo en ese café que a usted le gusta tanto.

—¿El Greco? Me parece bien, Monseñor. Pero su sastre aguarda. Y su sastre es Cavalleggeri, no un cualquiera. Ni el Santo Padre se atreve a hacerlo esperar.

Sonó la risa ronca del prelado, que ya salía del automóvil:

—Ése es uno de mi raros privilegios, padre Quart. Al fin y al cabo, ni siquiera el Santo Padre sabe sobre Cavalleggeri las cosas que yo sé.

Lorenzo Quart tenía el hábito de los viejos cafés metido en la sangre. Casi doce años atrás, recién llegado a Roma como alumno de la Universidad Gregoriana, los dos siglos y medio de antigüedad del Greco, sus impasibles camareros y la historia ligada a los grandes trotamundos del XVIII y XIX, de Byron a Stendhal, lo sedujeron desde que cruzó bajo el arco de piedra blanca por primera vez. Ahora vivía a dos pasos de allí, en un ático alquilado por el

IOE en el 119 de la Via del Babuino, con una pequeña terraza donde había macetas y una buena vista sobre media Trinità dei Monti y las azaleas en flor de la escalinata, en la plaza de España. El Greco era su lugar favorito de lectura y solía instalarse en él en horas tranquilas, bajo el busto de Víctor Manuel II; la mesa, decían, de Giacomo Casanova y Luis de Baviera.

—¿Cómo reaccionó monseñor Corvo a la muerte del secretario?

Monseñor Spada estudió el color rojo de los cinzanos que tenían delante. Había escaso público en el local: un par de parroquianos habituales leyendo el periódico en las mesas del fondo, una dama elegante con bolsas de compras Armani y Valentino que hablaba por teléfono móvil, y unos turistas ingleses fotografiándose mutuamente junto al mostrador del vestíbulo. La mujer del teléfono parecía incomodar al arzobispo, pues éste le dirigió una crítica mirada antes de volverse por fin a Quart:

—Se lo tomó muy mal. Francamente mal, diría yo. Ha jurado no dejar piedra sobre piedra.

Quart movió la cabeza:

—Me parece desproporcionado. Un edificio no posee voluntad propia. Y menos para causar daño.

—Eso espero —los ojos del Mastín no bromeaban—. Eso espero realmente. Mejor para todos que así sea.

—¿No buscará monseñor Corvo un pretexto para demoler la iglesia y zanjar el asunto?

—Sin duda es un pretexto. Pero hay algo más. El arzobispo tiene una cuestión personal con esa iglesia, o con su párroco. Quizá con ambos.

Se quedó en silencio, mirando un cuadro de la pared: un paisaje romántico de cuando Roma todavía era ciudad del papa-rey, con el arco de Vespasiano en primer término y la cúpula de San Pedro al fondo, entre tejados y lienzos de viejas murallas.

—¿Fueron muertes naturales? —preguntó Quart.

El otro encogía los hombros:

—Depende de lo que consideremos natural. El arquitecto se cayó del tejado y al clérigo se le vino encima una piedra de la bóveda.

—Espectacular —concedió Quart, llevándose el vaso a los labios.

—Y sangriento, creo. El secretario quedó hecho una lástima —monseñor Spada levantó el índice hacia el techo—. Imagínese una sandía a la que le caen encima diez kilos de cornisa. Plaf.

La onomatopeya ayudó a Quart a imaginarlo sin problemas. Fue eso, y no el sabor del vermut, lo que le hizo torcer la boca.

—¿Qué dice la policía española?

—Accidentes. De ahí lo siniestro de esa línea: *una iglesia que mata para defenderse...* —monseñor Spada frunció el ceño—. Inquietud que ahora comparte el Santo Padre, gracias a la impertinencia de un pirata informático. Y que el IOE debe despejar.

—¿Por qué nosotros?

El arzobispo soltó una breve risa entre dientes, sin responder en seguida. Iba vestido de cura pero ni siquiera lo parecía. Quart observó su perfil de gladiador, que le recordaba una antigua estampa sobre el centurión que crucificó a Cristo. El cuello ancho, las manos fuertes, desproporcionadas, que reposaban a cada lado de la mesa. Tras su tosca apariencia de campesino lombardo, el Mastín poseía las claves de todos los secretos de un Estado que incluía tres mil funcionarios vaticanos, tres mil obispos en el exterior, y el liderazgo espiritual de mil millones de almas. Se contaba que en el último cónclave había logrado hacerse con el historial médico de todos los candidatos al trono de Pedro, a fin de estudiar sus niveles de colesterol y predecir, en lo posible, si el reinado del nuevo pontífice iba a ser demasiado corto o demasiado largo. En cuanto a Wojtila, el director del IOE había predicho el golpe a la derecha cuando las papeletas con su nombre aún daban fumata negra.

—¿Por qué nosotros?... —dijo por fin, repitiendo la pregunta de Quart—. Porque en teoría somos los hombres de confianza del Papa. De cualquier papa. Pero el poder en el Vaticano es un hueso que se disputa más de un perro de presa, y últimamente el Santo Oficio crece a nuestra costa. Antes cooperábamos en fraternal concordia. Policías de Dios, hermanos en Cristo —hizo un gesto con la mano izquierda para descartar aquellos lugares comunes—. ... Usted lo sabe mejor que nadie.

Quart, en efecto, lo sabía. Hasta el escándalo que desmanteló todo el aparato de finanzas vaticano, y el viraje del equipo polaco hacia la ortodoxia, las relaciones entre el IOE y el Santo Oficio fueron cordiales. Pero el acoso y derribo del sector liberal había terminado por desencadenar un despiadado ajuste de cuentas en el seno de la Curia.

—Corren malos tiempos —suspiró el arzobispo.

Abismaba la mirada en el cuadro de la pared. Después bebió un poco y se echó hacia atrás en el sillón, chasqueando la lengua.

—Fíjese —añadió, señalando con el mentón la cúpula de Miguel Ángel pintada al fondo—. Ahí sólo los papas tienen derecho a morir. Cuarenta hectáreas que contienen el Estado más poderoso de la tierra, pero cuya estructura sigue fiel al molde monárquico absolutista medieval. Un trono que hoy se sostiene merced a la religión convertida en espectáculo, los viajes papales televisados y toda esa

parafernalia del *Totus tuus*. Y por debajo, el integrismo más reaccionario y más oscuro: Iwaszkiewicz y compañía. Sus lobos negros.

Suspiró de nuevo y, casi con desdén, apartó los ojos del cuadro.

—Ahora la lucha es a muerte —continuó, sombrío—. Sin autoridad la Iglesia no funciona: el truco es mantenerla indiscutida y compacta. En esa tarea, la Congregación para la Doctrina de la Fe es un arma tan valiosa que su importancia crece desde los años ochenta, cuando Wojtila adoptó la costumbre de subir cada día al Sinaí a charlar un rato con Dios —la mirada de mastín vagó alrededor, en una pausa cargada de ironía—. El Santo Padre es infalible incluso en sus errores, y resucitar la Inquisición es buen sistema para cerrar la boca a los disidentes. ¿Quién habla ya de Kung, Castillo, Schillebeeck, o Boff?... La nave de Pedro resuelve siempre sus forcejeos históricos silenciando a los díscolos o arrojándolos por la borda. Nuestras armas son las de siempre: la descalificación intelectual, la excomunión y la hoguera... ¿En qué piensa, padre Quart? Lo veo muy callado.

—Siempre estoy callado, Monseñor.

—Es cierto. Lealtad y prudencia, ¿verdad?... ¿O debo emplear la palabra profesionalidad? —había un jocoso malhumor en la voz del prelado—. Siempre esa maldita disciplina que lleva puesta como una cota de malla... Bernardo de Claraval y sus mafiosos templarios habrían hecho buenas migas con usted. Estoy seguro de que, apresado por Saladino, se dejaría rebanar el gáznate antes que renegar de su fe. No por piedad, claro. Por orgullo.

Quart se echó a reír.

—Pensaba en Su Eminencia el cardenal Iwaszkiewicz —concedió—. Ya no hay hogueras —apuró el resto de su vaso—. Ni excomuniones.

Monseñor Spada emitió un gruñido feroz:

—Hay otras formas de arrojar a las tinieblas exteriores. Las hemos practicado incluso nosotros. Usted mismo.

El arzobispo calló, atento a los ojos de su interlocutor cual si lamentase ir demasiado lejos. De todos modos, era muy cierto. En una primera etapa, cuando no estaban en bandos opuestos, el propio Quart había proporcionado a los lobos negros de Iwaszkiewicz los clavos para varias crucifixiones. Volvió a ver ante sí las gafas empañadas, los ojos miopes y asustados de Nelson Corona, las gotas de sudor corriendo por la cara del hombre que una semana más tarde iba a dejar de ser sacerdote y otra semana después iba a estar muerto. De eso mediaban cuatro años, pero el recuerdo seguía nítido en la memoria.

—Sí —repitió—. Yo mismo.

Monseñor Spada advirtió el tono de su agente, pues los ojos veteados lo estudiaron, inquisitivos.

—¿Corona, todavía? —preguntó con suavidad.

Quart moduló una sonrisa.

—¿Con franqueza, Monseñor?

—Con franqueza.

—No sólo él. También Ortega, el español. Y aquel otro, Souza.

Habían sido tres sacerdotes vinculados a la llamada Teología de la Liberación, rebeldes a la corriente reaccionaria impulsada desde Roma; y en los tres casos el IOE ofició como perro negro por cuenta de Iwaszkiewicz y su Congregación. Corona, Ortega y Souza eran destacados curas progresistas que ejercían su apostolado en diócesis marginales, barrios muy pobres de Río de Janeiro y São Paulo. Gente partidaria de salvar al hombre en la tierra antes que en el reino de los cielos. Al señalársele como objetivos, el IOE puso manos a la obra, tanteando sus puntos débiles para presionar después. Ortega y Souza claudicaron pronto. En cuanto a Corona, una especie de héroe popular de las favelas de Río, azote de los políticos y la policía local, fue necesario enfrentarlo a ciertos equívocos pormenores de su labor apostólica entre jóvenes drogadictos, asunto que durante varias semanas fue cuidadosamente investigado por Lorenzo Quart sin pasar por alto ningún dicen que, vaya usted a saber, o etcétera. Aun así, el sacerdote brasileño se había negado a rectificar. Odiado por la ultraderecha, a los siete días de verse suspendido *a divinis* y expulsado de su diócesis con foto en primera plana de los diarios, Nelson Corona fue asesinado por los escuadrones de la muerte. Su cuerpo apareció maniatado y con un tiro en la nuca, en un vertedero próximo a su antigua parroquia. *Comunista e veado*: comunista y maricón, rezaba el cartel que le habían colgado al cuello.

—Escuche, padre Quart. Aquel hombre se apartó del voto de obediencia y de las prioridades de su ministerio, y fue llamado a reconsiderar sus errores. Eso es todo. Después el asunto se fue de las manos; no a nosotros, sino a Iwaszkiewicz y su Santa Congregación. Usted no hizo sino cumplir órdenes. Sólo facilitó las cosas, y no es responsable.

—Con todo el respeto que debo a Su Ilustrísima, sí soy responsable. Corona está muerto.

—Usted y yo conocemos a otros hombres que también han muerto. El financiero Lupara, sin ir más lejos.

—Corona era uno de los nuestros, Monseñor.

—Los nuestros, los nuestros... Nosotros no somos de nadie. Estamos solos. Respondemos ante Dios y ante el Papa —el arzobispo hizo una pausa cargada de intención: los papas morían, y Dios no—. Por ese orden.

Quart miró hacia la puerta como si deseara desentenderse del asunto. Después bajó la cabeza.

—Tiene razón Su Ilustrísima —dijo en tono opaco.

El arzobispo cerró lentamente un puño, igual que si se dispusiera a golpear la mesa; pero lo mantuvo así, enorme, cerrado e inmóvil. Parecía exasperado:

—Oiga. A veces detesto su maldita disciplina.

—¿Qué debo responder a eso, Monseñor?

—Dígame lo que piensa.

—En situaciones así procuro no pensar.

—No sea idiota. Es una orden.

Quart permaneció callado un instante y después encogió los hombros:

—Sigo creyendo que Corona era uno de los nuestros. Y además un hombre justo.

El arzobispo abrió el puño y alzó un poco la mano.

—Con debilidades.

—Quizás. Lo suyo fue exactamente eso: una debilidad, un error. Y todos cometemos errores.

Paolo Spada se echó a reír, irónico.

—No en su caso, padre Quart. Me refiero a usted. Hace diez años que estoy al acecho de su primer error, y ese día me daré el gusto de recomendarle un buen cilicio, cincuenta azotes y cien avemarías como disciplina —de pronto su tono se volvió ácido—. ¿Cómo logra mantenerse tan disciplinado y tan virtuoso? —hizo una pausa para pasarse la mano por las cerdas del pelo y movió la cabeza sin esperar respuesta—... Pero volviendo al desgraciado asunto de Río, ya sabe que el Todopoderoso escribe a veces con renglones torcidos. Ése fue un caso de mala suerte.

—Ignoro lo que fue. En realidad no me inquieta demasiado, Monseñor; pero es un hecho. Algo objetivo: yo lo hice. Y algún día quizá deba dar cuenta de ello.

—Ese día Dios lo juzgará como a todos nosotros. Hasta entonces, y sólo para cuestiones de trabajo, ya sabe que tiene mi absolución general, *sub conditione*.

Levantó una de sus grandes manos en gesto de breve bendición. Quart sonreía abiertamente:

—Necesitaría algo más que eso. Además, ¿puede Su Ilustrísima asegurarme que hoy habríamos actuado del mismo modo?

—¿Se refiere a la Iglesia?

—Me refiero al Instituto para las Obras Exteriores. ¿Le pondríamos ahora en bandeja con tanta facilidad aquellas tres cabezas al cardenal Iwaszkiewicz?

—No lo sé. Francamente, no lo sé. Una estrategia se compone de acciones tácticas —el prelado observó a su interlocutor con brusca atención, interrumpiéndose, el aire inquieto—... Espero que nada de esto tenga relación con su trabajo en Sevilla.

—No la tiene. Al menos eso creo. Pero me pidió que fuese franco.

—Escuche. Usted y yo somos sacerdotes profesionales y no acabamos de caer de un guindo. Iwaszkiewicz tiene a todo el mundo comprado o atemorizado en el Vaticano —miró alrededor como si el polaco fuese a aparecer por allí de un momento a otro—. Únicamente le falta poner su zarpa sobre el IOE. Ya sólo nos defiende cerca del Santo Padre el secretario de Estado, Azopardi, que fue compañero mío de estudios.

—Usted, Ilustrísima, tiene muchos amigos. Ha hecho favores a mucha gente.

Paolo Spada dejó oír su risa incrédula:

—En la Curia se olvidan los favores y se recuerdan las ofensas. Vivimos en una corte de eunucos correveidiles, en la que nadie asciende sin el apoyo de otro. Todos se precipitan en apuñalar al caído, pero cuando las cosas no están claras ninguno osa dar un paso por miedo a las consecuencias. Recuerde la muerte del papa Luciani: era necesario tomar su temperatura rectal para determinar la hora de la muerte, pero nadie se atrevía a meterle un termómetro en el culo.

—Pero el cardenal secretario de Estado...

El Mastín sacudió las cerdas negras:

—Azopardi es mi amigo, aunque en el sentido que esa palabra tiene aquí. También debe velar por sí mismo, e Iwaszkiewicz es poderoso.

Guardó silencio unos instantes, cual si hubiera puesto el poder de Jerzy Iwaszkiewicz en el platillo de una balanza y el suyo en el otro, y aguardase con pocas esperanzas el resultado.

—Incluso la actuación de ese pirata informático es un asunto menor —añadió al cabo—. En otro momento ni se les habría ocurrido encomendarnos lo que, en rigor, es competencia del arzobispo de Sevilla y de sus relaciones con los párrocos de su diócesis. Pero tal y como anda todo, cualquier astilla se convierte en cuña. Basta que el Santo Padre muestre interés, y tenemos otro escenario para nuestro ajuste de cuentas interno. Por eso he escogido a mi mejor hombre. Lo que primero necesito es la información. O sea: quedar bien, presentando un informe así de gordo —separaba cinco centímetros el pulgar y el índice—. Que vean que nos movemos. Eso dejará contento a Su Santidad, y de paso mantendrá a raya al polaco.

Un grupo de turistas japoneses se asomó a la puerta de los salones, admirando el interior. Algunos sonrieron con inclinaciones corteses a la vista de los alzacuellos. Monseñor Spada les devolvió la sonrisa, distraído.

—Lo aprecio a usted, padre Quart —dijo a continuación—. Por eso lo pongo en antecedentes de lo que nos jugamos, antes de que viaje a Sevilla... Ignoro si siempre es

sincero en su pose de buen soldado; pero a mí me lo parece, y nunca dio motivos para pensar lo contrario. Desde que era un simple alumno en la Gregoriana le eché el ojo, y después llegué a tomarle afecto. Eso tal vez le cueste caro, pues si un día caigo es probable que caiga conmigo. Incluso antes; ya sabe: sacrificio de peones.

Asintió Quart, impasible:

—¿Y si ganamos?

—Nosotros no ganaremos nunca del todo. Como diría su paisano San Ignacio, hemos elegido lo que a Dios le sobra y otros no quieren: la tormenta y el combate. Nuestras victorias sólo son aplazamientos hasta el siguiente ataque. Porque Iwaszkiewicz seguirá siendo cardenal mientras viva, príncipe por protocolo, obispo con consagración irrevocable, ciudadano del Estado más pequeño y, gracias a hombres como usted y yo, menos vulnerable del mundo. Y quizá, por nuestros pecados, un día llegará a papa. En cuanto a nosotros, nunca seremos *papables*, y posiblemente ni siquiera cardenales. Como suele decirse en la Curia, tenemos poco pedigrí y demasiado currículum. Pero poseemos poder y sabemos luchar. Eso nos hace temibles, y ese polaco, a pesar de su fanatismo y su arrogancia, lo sabe. A nosotros no van a barrernos como a los jesuitas y a los sectores liberales de la Curia, en beneficio del Opus Dei, de la mafia integrista o del Dios del Sinaí. *Totus tuus*, pero no me toquéis las narices. Hay mastines que mueren matando.

El arzobispo consultó el reloj e hizo un gesto para llamar la atención del camarero. Mientras le ponía a Quart una mano sobre el brazo para impedirle pagar la cuenta, extrajo unos billetes del bolsillo y los puso sobre la mesa. Dieciocho mil liras exactas, comprobó Quart. La vida del Mastín había sido demasiado dura: nunca dejaba propinas.

—Nuestro deber es pelear, padre Quart —dijo mientras se ponían en pie—. Porque tenemos razón, e Iwaszkiewicz no la tiene. Se puede ser enérgico y mantener la autoridad sin por eso resucitar, como pretenden ese polaco y su camarilla, los hierros y el potro de tortura. Recuerdo cuando nombraron papa a Luciani, y duró treinta y tres días. Usted era veinte años más joven, pero yo andaba ya metido en este tipo de trabajo —el arzobispo inició una mueca torcida mirando a Quart—. Cuando, recién elegido, le oímos aquello de «Hay más de mamá que de papá en Dios Todopoderoso», Iwaszkiewicz y sus colegas del ala dura se subían por las paredes. Y yo me dije: este equipo no va a funcionar. Luciani era demasiado blando para los tiempos que corren, así que, supongo, el Espíritu Santo hizo un buen trabajo librándonos de él antes de que hiciese demasiado daño. Los periodistas lo llamaban *El Papa de la sonrisa*; pero cualquiera en el Vaticano sabía que la suya

era una sonrisa peculiar –la mueca creció un poco hasta descubrir un colmillo, con malicia–. Una sonrisa nerviosa.

El sol había salido y secaba el empedrado de la plaza de España. Los vendedores descorrían los toldos de sus puestos de flores y algunos turistas empezaban a sentarse en los peldaños, todavía húmedos, que ascendían hasta Trinità dei Monti. Quart escoltó al arzobispo escaleras arriba, deslumbrado por el reverbero de la luz en la plaza; una luz romana, intensa, optimista como un buen augurio. A medio camino, una joven extranjera con mochila, tejanos y camiseta a rayas azules, sentada en un escalón, le hizo una foto cuando los dos sacerdotes llegaron a su altura: un flash y una sonrisa. Monseñor Spada se volvió a medias, entre irritado e irónico:

–¿Sabe una cosa, padre Quart? Es demasiado guapo para ser un cura. Habría que estar loco para nombrarlo párroco de un convento de monjas.

–Lo siento, Monseñor.

–No lo sienta, porque no es culpa suya. Pero reconozco que me fastidia un poco. ¿Cómo se las arregla?... Me refiero a mantener a raya la tentación, ya sabe. La mujer como invención del Maligno y todo eso.

Quart se echó a reír:

–Oración y duchas frías, Ilustrísima.

–Debí imaginarlo. Siempre fiel al reglamento, ¿verdad?... ¿No le aburre ser siempre, además, tan comedido y tan buen chico?

–La pregunta es capciosa, Monseñor. Responderla implica aceptar la proposición mayor.

Paolo Spada lo miró unos instantes de reojo y por fin hizo un gesto aprobador:

–De acuerdo. Usted gana. Su virtud ha vuelto a superar el examen, pero no pierdo la esperanza. Un día lo atraparé.

–Naturalmente, Monseñor. Por mis innumerables pecados.

–Cierre el pico. Es una orden.

–Como mande Su Reverencia.

A la altura del obelisco de Pío VI, el arzobispo se volvió para echar un vistazo escaleras abajo, a la chica de la camiseta a rayas.

–Y en cuanto a la salvación eterna –dijo–, recuerde el viejo proverbio: si un clérigo logra mantener las manos lejos del dinero, y los pies lejos de una cama de mujer hasta cumplir los cincuenta, tiene muchas probabilidades de salvar su alma.

–En eso estoy, Monseñor. Pero faltan doce años para cruzar la meta.

—No se preocupe. Sospecho que sus tentaciones son otras —lo estudió fijamente antes de mover la cabeza y subir los últimos peldaños de dos en dos—. De todos modos perseverare en lo de las duchas, hijo mío.

Pasaron ante la imponente fachada del hotel Hassler Villa Médici antes de recorrer la Via Sistina. La sastrería no estaba indicada más que por una discreta placa en la puerta que sólo franqueaba la élite de la Curia, a excepción de los papas. Éstos eran los únicos en gozar del privilegio de que Cavalleggeri e Hijos, honrados desde León XIII con un título menor de nobleza pontificia, les tomasen medidas a domicilio.

El arzobispo miró la placa con aire absorto, pensando en otra cosa. Luego levantó el rostro hacia el cielo y por fin sus ojos veteados se posaron en el sacerdote, estudiando el traje de corte impecable, los discretos gemelos de plata en los puños de la camisa de seda negra.

—Escuche, Quart —el uso del apellido, sin tratamiento, endurecía la palabra con el gesto—. No se trata sólo del pecado de orgullo y del poder, pecado al que no somos ajenos. Usted y yo, por encima de nuestras debilidades personales y nuestros métodos, incluso Iwaszkiewicz y su siniestra cofradía..., incluso el Santo Padre con su irritante fundamentalismo, somos responsables de la fe de millones de seres humanos en una Iglesia infalible y eterna —los ojos del arzobispo seguían midiendo a su interlocutor—. Y sólo esa fe, sincera a pesar de nuestro cinismo curial, nos justifica. Nos absuelve. Sin ella, usted, yo, Iwaszkiewicz, seríamos sólo unos hipócritas y unos canallas... ¿Comprende lo que le intento decir?

Quart soportó sin pestañear las palabras del Mastín.

—Perfectamente, Monseñor —dijo, sereno.

Había adoptado casi por instinto la posición rígida del guardia suizo ante un oficial: los brazos a los costados y los pulgares a lo largo de las costuras del pantalón. Monseñor Spada lo observó todavía un instante con los ojos entornados, y luego pareció relajarse un poco. Incluso hizo un esbozo de sonrisa.

—Espero que así sea —se ensanchó el gesto amistoso en el rostro del prelado—. Lo espero de verdad. Porque, en lo que a mí se refiere, cuando me presente ante la puerta del Cielo y salga a recibirme el viejo pescador gruñón, le diré: Pedro, sé indulgente con este veterano centurión, soldado de Cristo, que tanto trabajó achicando agua sucia en la sentina de tu nave. Al fin y al cabo, hasta el viejo Moisés tuvo que recurrir bajo mano a la espada de Josué. Y también tú acuchillaste a Malco para defender al Maestro.

Ahora fue Quart quien se echó a reír ante la imagen.

—En tal caso me gustaría precederlo, Monseñor. No creo que acepten dos veces la misma coartada.